

Y sin detenerse un instante, entró en su cuarto, se vistió violentamente, y sin detenerse á reflexionar en lo que iba á hacer, se dirigió á la casa de María con el corazón reventando de zelos.

CAPITULO XI.

Las dos rivales.

María se hallaba en su gabinete, entretenida en contemplar una hermosa dália que pocos dias antes le habia regalado Miguel, colocada en un precioso tiesto de porcelana, cuando entró una ériada anunciándole que la buscaba una señorita que deseaba hablarla.

—¿Una señorita?

Preguntó la jóven con extrañeza.

—Sí.

—Pero ¿estás segura de que es á mí á quien busca?

—Sin duda: ha pronunciado el nombre de vd., y aquí no hay otra María mas que usted.

—Dile que pase.

La criada se fué, y á poco se presentó Matilde en el gabinete.

María, al verla, se levantó de su asiento, le saludó con afabilidad, le ofreció el sofá, y se sentaron las dos una al lado de la otra.

Apenas se sentó Matilde, examinó exacta, aunque rápidamente á la rival, á quien encontró demasiado hermosa para tranquilizarse. Consideró al punto que, sus muchos atractivos, por fuerza tenían que cautivar el corazón de Miguel; y esta consideración que en su mente fué mas rápida que el tiempo que hemos empleado para decirlo, fué un motivo mas para aumentar sus celos.

En María causó el efecto contrario la presencia de Matilde. Su noble porte, su agradable fisonomía y su esbelto talle, cautivaron de tal modo el corazón de la jóven, que ni ella misma acertaba á explicarse la causa de aquel interés, de aquel cariño que le arrastraba hácia una mujer con quien no habia hablado en su vida. Sin embargo, creyó haber visto otra vez aquella fisonomía, re-

capacitó un instante, y se acordó de haberla visto en el bosque de Chapultepec.

María equivocó á Matilde con Luisa, como acontecia á todo el que no las hubiese tratado mucho; y juzgándola hermana de Enrique, como se lo habia dicho Miguel en el bosque, cuando le preguntó si conocia á la que iba acompañada de Fernando, la recibió con extrema amabilidad, y le preguntó sonriéndose con cariño.

—¿Tendré la dicha de saber á qué debo la satisfacción de verme obsequiada por persona tan hermosa y recomendable?

—El obsequio creo que no será del agrado que vd. se ha imaginado.

Contestó Matilde con una sequedad que sorprendió sobremanera á su interlocutora.

—De todas maneras envolverá algun atractivo para mí, por haberme proporcionado la dicha de conocer á vd.

—Gracias.

—Diga vd. lo que tiene que ordenarme.

—Sé que ama vd. á Miguel, y vengo á exigir de vd. que le olvide.

Dijo Matilde en tono imperioso, y dando á sus facciones un aspecto severo.

María quedó como herida de un rayo, mirando á la actriz con una extrañeza mezclada de asombro, que revelaba lo poco dispuesta que habia estado á escuchar tan extraño mandato.

Matilde, sin cuidarse del efecto que producian sus palabras, continuó:

—Sí; vengo á exigir de vd. que le olvide, porque yo tambien le amo.... y le amo, porque él me ha jurado mil veces eterno amor.... Vengo á exigir de vd. que le olvide, porque me pertenece, y porque no consentiré jamas en que vd. me robe su corazon.

Aquel lenguaje acabó de confundir á María. Engañada como estaba con la semejanza que existia entre aquella mujer y la que habia visto en Chapultepec cuando Miguel y Fernando estuvieron á punto de desafiarse, su alma cándida y pura, se avergonzó de oír de boca de una jóven á quien consideraba casada, palabras tan poco dignas de

asomar á los respetables labios de una esposa.

—Extraño, señora—dijo recobrando con aquella consideracion su perdida serenidad—que me venga á exigir olvide á mi primo, quien tal vez no se pertenece á sí misma.

—Mi mano es libre, si no lo es mi corazon.

—¡Luego me engañó Miguel!....—dijo interiormente María.—¡Ah!.... sí; quiso desvanecer mis sospechas, y para conseguirlo se valió del medio de suponerla enlazada con aquel hombre que tal vez era su rival!....

—Mi mano es libre—prosiguió diciendo Matilde—porque hasta ahora tambien lo ha sido mi alma. Pero hubo un hombre que yo creí que no se parecia á los demas: hubo un hombre que lleno de respeto y mostrando un amor sin límites, trató de alcanzar el mio: un hombre en cuya amorosa mirada leia mi corazon su ternura y su candor, la pureza de su pasion y su melancolía.... Sí; y este hombre que me respetaba; este

hombre que no me prodigaba esas vanas lisonjas que los hombres que nada sienten dirijen á las artistas, acabó de interesar mi alma, de robarme la tranquilidad, de traertornar todo mi sér!... Por eso he venido á reclamarlo; por eso he venido á exigir de vd. que no me dispute el cariño de su corazón hácia el cual me han dado derecho sus juramentos, sus protestas de amor.

—Si vd. ama á Miguel, y él, como vd. dice, corresponde á ese amor, ¿qué necesidad tiene vd. de que yo lo olvide? Pero, aun cuando estuviera vd. revestida de ese derecho que no disputo, ¿qué dominio ejerce vd. sobre mi misma naturaleza, en la suposición de que yo amase á mi primo, para obligarme á que arranque su imágen de mi corazón?

Matilde que no esperaba esta respuesta de una jóven sin mundo, enmudeció á su vez; pero pronto la fuerza de los zelos, despertados por aquella contestacion que, en su concepto, embozaba la confesion de que era amada, contestó con acento terrible y gesto amenazador.

—Mucho siento que tan obstinada esté vd. en ceder á la razon que me asiste por que así me obliga vd. á que haga uso de la fuerza... sí; de la fuerza.

María se estremeció al notar la mirada frenética que se pintaba en los ojos de aquella mujer, encendidos por la cólera que robosaba en su pecho.

—Si—prosiguió Matilde exaltándose por grados—mi venganza caerá sobre él y sobre vd., en cuanto advierta que me desprecia.

—Señora—contestó María dominando su temor, y revistiéndose de una serenidad que anonadó á su rival—yo no provocho la venganza de vd., pero tampoco la temo. Ha venido vd. á mi casa y no quiero ser descortés mandando que la arrojen á vd. de ella. Pero advierta vd. que estoy en el derecho de poderlo hacer, porque á nadie le es permitido penetrar en el hogar doméstico á insultar, y mucho menos á amenazar á personas pacíficas que jamas nos han ofendido, que jamas se han ocupado de nosotros.

—¿Con que me amenaza vd?

Dijo Matilde reprimiendo su mal dispa-

lada cólera, y mirando de una manera tan resuelta, que hizo bajar los ojos á María.

—Conocer lo que puedo—contestó la prima de Miguel volviendo á recobrar su aplomo—no es amenazar.

—Pues bien; dejemos las amenazas, y dirijámonos á los hechos—exclamó la actriz poniéndose en pié y disponiéndose á salir.—Yo vine á ofrecer á vd. la paz; vd. quiso guerra: pues bien, haya guerra entre las dos, y guerra desde este momento. Prepárese vd. á la defensa, porque mi venganza será atroz.... Adios, señora.

Y sin esperar respuesta, salió de allí precipitadamente, dejando á María absorta y sin saber lo que le pasaba.

Todo el valor, toda la energía que habia demostrado ante el imperioso tono de su hermosa rival, se convirtió en temor y espanto, no bien se encontró sola con sus tristes pensamientos, con su timidez natural. En sus tiernos oídos quedó vibrando con eco terrible y constante, la palabra venganza, pronunciada con espantoso acento por Matilde en el instante de salir.

—¿Qué es lo que intenta hacer esa mujer que jura mi desgracia?—se preguntó de repente María.—¿Es posible que Miguel, el que es digno por su dulce carácter, por su amabilidad, por su ternura, del amor de un ángel, se haya hecho esclavo de esa jóven de imperioso génio, de altanera mirada, que rebosa venganza y odio?.... ¡Sí; él le ama....!—añadió luego con profunda tristeza:—Esta es aquella Luisa de su corazón... aquella Luisa con quien hablaba en sus sueños.... ¡aquella por quien nunca seré yo feliz!.... ¡Ah!.... ¡ella es la causa de mis sufrimientos!.... y sin embargo.... yo no aborrezco á esa mujer.... por el contrario, siento hácia ella un interés tierno, una simpatía, un afecto íntimo que me hace olvidar todas sus ofensas....

Y María volvió á quedar triste, abismada en sus pensamientos, en tanto que su rival se dirijia á su casa, frenética de los zelos, ideando la manera de vengarse de la que, en su concepto, le disputaba el cariño del hombre que amaba.

Pero mientras una y otra dominadas por afecciones diametralmente opuestas, luchan contra el destino que parece complacerse en sus padecimientos, volvamos nosotros la vista hácia la flota española que dejamos navegando hácia las costas mexicanas, y á la cual seguiremos paso á paso, para que el lector pueda hablar con toda exactitud de aquella expedicion, cuyos detalles me propongo narrar concienzudamente.

CAPITULO XII.

La flota española.

La alegre expedicion que llena de entusiasmo y de halagadora esperanza se alejó el dia 7 de Julio, ambiciosa de gloria y de inmortal renombre del animado puerto de la Habana, navegó tranquila con viento en popa, y sobre un mar en extremo benigno, hasta la sonda de Campeche, aumentándose el patriótico ardor de los soldados á medida que se aproximaban al sitio en que esperaban inmortalizar, con altos hechos de armas, el digno nombre que de españoles llevaban.

Todo parecia que se presentaba á favorecer aquella empresa que, ninguna otra na-